

CAPITULO VI.

Donde se cuenta lo que le pasó al padre de Pilar.

D. Andrés y el desconocido caminaban á prisa y en silencio por calles retiradas, muchas de ellas desconocidas del primero.

De repente se detuvo el segundo enfrente de una casa baja de mal aspecto, cuyo zaguán estaba cerrado.

—Espéreme vd. aquí:—dijo el hombre á D. Andrés.—Esa es la casa; pero antes de que vd. entre, quiero asegurarme de si está solo su hijo de vd.

—Muy bien.

Contestó el padre de Pilar. Entonces el desconocido pasó á la otra acera, empujó la

puerta del zaguán que cedió á su impulso, y entró en la casa volviendo á cerrar la puerta.

D. Andrés se puso á esperar, contento con la esperanza de volver á ver á su amado hijo. Ya no le parecía tan insostenible el destierro hácia el que tenía que marchar al siguiente día. Sus dos hijos eran todo su amor, y con ellos ya se consideraba feliz en cualquiera parte del mundo.

Entregado á tan lisonjeras ideas, miró trascorrir media hora sin que el personaje que habia entrado, volviera á salir.

—¿Le habrán sorprendido?

Pensó para sí: y esperó impaciente otro cuarto de hora mas. Pero el hombre no parecia, y D. Andrés, no pudiendo resistir á la impaciencia de ver á su hijo, se decidió á entrar.

El animoso anciano cruzó de una acera á otra, empujó la puerta, y penetró en el edificio, en el cual reinaba la mayor oscuridad y el mas profundo silencio. D. Andrés miró hácia todas partes, y solo vió cuartos

arruinados en que ninguno habitaba. Anduvo algunos pasos mas, y se encontró en un gran patio de derruidas paredes que daba al campo. Como nadie habia tampoco en aquel patio, temió D. Andrés que le hubiesen tendido un lazo, y empezó á llamar en alta voz, sin que nadie respondiera á sus palabras.

Entonces conoció que sus enemigos se habian valido de su credulidad para perderle, y su corazon tembló, con la memoria de su hija á quien habia dejado sola.

La maldad de Rossi se presentó á su imaginacion con toda su deformidad, y sospechó que, aquel paso, habia sido dirijido por él para apoderarse de Pilar.

Combatido por esta idea que heló toda su sangre, salió precipitadamente de aquellas ruinas, atrevesó en alas del amor paternal, las calles de México; penetró en su casa con el corazon palpitando de temor, llamó desde la escalera á su hija; subió de tres en tres los escalones con la ansiedad que causa el presentimiento de una desgracia, y viendo que nadie respondia, entró en la

habitacion de Pilar que la encontró sin el amado objeto que buscaba.

Pintar la desesperacion de aquel desdichado padre al encontrarse sin su amada hija, seria imposible: cosas hay que solo el que tiene conocimiento del mal, puede figurarse lo que padecerá otro en circunstancias iguales. Nunca tendrán las palabras la fuerza del sentimiento, por muy bien dichas que estén; pues nunca la pintura puede igualar á la naturaleza.

D. Andrés lloró, llamó á su hija, la buscó por todas partes, y pasó toda la noche como un loco.

La luz del nuevo dia vino á aumentar su dolor y á hacer mas horrorosa su situacion.

Tenia que partir, y Pilar se quedaba, sin duda, en manos del pérfido Rossi que trataba de perderla y deshonorarla!... ¡Terrible conflicto!

El coche de camino paró en aquel momento en la puerta, y dos agentes de policía entraron adonde estaba sin consuelo el desdichado padre, á quien ordenaron se pusiera inmediatamente en camino.

D. Andrés suplicó que le dejasen buscar á su hija; pero sus ruegos fueron inútiles: la orden del gobierno era terminante; y los agentes de policía, auxiliados de los soldados que debian custodiar, le obligaron á entrar al carruaje, que pocos instantes despues salia de la capital llevando á aquel inconsolable padre, que dejaba en ella los mas caros objetos de su corazon.

CAPITULO VII.

La expulsion.

México presentaba el aspecto mas triste y desgarrador en los terribles dias que se llevaba á efecto la funesta ley de expulsion.

Millares de familias de españoles, unas en coche, en carros otras, muchas en flacas caballerías, y á pié todas aquellas que no contaban con recursos pecuniarios para hacer el viaje con menos incómodidad, salian de todos los puntos de la República, y se dirijian al puerto de Veracruz, donde se debian embarcar para otros países.

Las lógias de York, habian logrado ya lo que tanto habian deseado.